

**UNIVERSIDAD CATOLICA DE LA SANTISIMA CONCEPCION
FACULTAD DE EDUCACION**

PEDAGOGIA MEDIA EN RELIGION Y EDUCACION MORAL



**UNIVERSIDAD CATOLICA
DE LA SANTISIMA CONCEPCION**

Creación y Escatología
La pregunta por el sentido de la existencia

Alumno: José Johnson Mardones
Profesor: Emilio García

INTRODUCCION

El presente trabajo busca confrontar tres textos básicos para conocer la visión cristiana sobre el ser humano, su origen, el sentido de su existencia y su fin último. La revisión de estos documentos nos introducirá en las preguntas existenciales que enfrenta todo ser humano y en la respuesta cristiana a estas interrogantes, a partir de la revelación de Dios manifestada en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, y cuya plenitud se encuentra en el misterio y mensaje de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Los textos de los que estamos hablando son los primeros dos capítulos del Libro del Génesis, los números 11 al 22 de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II y los números 279 al 412 del Catecismo de la Iglesia Católica. De la mano de estos textos, buscaremos el sentido de la persona humana y de su existencia a la luz de la fe cristiana y el sentido del universo en el que ella se encuentra ubicada. Estas dos dimensiones, es decir, el ser humano mismo y la realidad que lo rodea, constituyen los dos referentes básicos para la búsqueda del sentido de su existencia y el camino de su plena realización, el que se encuentra en la comunión con el Dios revelado en Jesucristo.

Estas interrogantes no son un mero ejercicio intelectual, sino que la respuesta que demos a ellas marcará nuestra forma de ubicarnos frente al mundo y su historia, frente a los problemas que enfrenta la sociedad humana y frente a la realidad de nuestra propia existencia, marcada por una búsqueda de plenitud nunca totalmente realizada, siempre precaria y limitada. Es por ello que nos detendremos primero en el tema de las preguntas humanas sobre el sentido de su existencia, para luego entrar en el análisis de los textos y en la respuesta que ellos nos ofrecen a estas interrogantes.

Los textos que nos hemos propuesto analizar, no nacen de la ociosidad o de un ejercicio meramente especulativo, sino de las realidades y de las preguntas que de ella surgen. Tanto el Génesis, como el Catecismo o la *Gaudium et Spes*, se enfrentan a la realidad donde se dan juntas el mal y el bien, el sufrimiento y la alegría, el pecado y la virtud. La fe nos dice que todo tiene un sentido, pero la realidad nos muestra situaciones extremas o absurdas que parecen no tenerlo. ¿Quién no se ha preguntado angustiosamente por el sentido de la muerte y el sufrimiento? ¿Quién no ha contemplado una catástrofe natural sin preguntarse por su sentido?. Este es el dilema detrás de los textos que estudiaremos y es por eso importante dedicarnos un momento al problema de fondo, para luego ver las respuestas que dan nuestros textos al mismo.

1. LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

Todos hemos experimentado, en algún momento de nuestra existencia, la pregunta sobre el sentido de la misma y sobre la razón de lo que existe y de lo que ocurre. Creemos que la existencia humana tiene un sentido, pero tal sentido no es evidente, sino que la realidad pareciera ser simplemente una sucesión de hechos relacionados, pero sin un propósito de fondo.

La posibilidad de que todo exista sin un motivo de fondo no cabe en el ser humano, sino que anhela una razón para su existencia y para lo que acontece, necesita conocer el motivo de todo y esta necesidad cruza toda su existencia. Frente al mal o al absurdo de la vida, el ser humano se rebela, pues anhela la plenitud y la felicidad, la que siempre pareciera escapársele.

El dilema resulta ser el siguiente: ¿Por qué el ser humano anhela una plenitud y felicidad que nunca ha experimentado?, ¿Por qué cree que todo tiene un sentido si la realidad pareciera mostrar lo contrario?, ¿Por qué se rebela frente a la realidad del mal o de la muerte, si sabe perfectamente que el mal existe y que morirá en algún momento?. A este dilema, que está en el fondo de la pregunta sobre el sentido, se han dado muchas respuestas, desde la religión, la filosofía o la literatura en general, buscando una visión satisfactoria que logre resolver el dilema y dar por contestada la pregunta sobre la existencia humana y su sentido.

Calderón de la Barca, español del siglo XVII, plantea el problema del sentido de la vida frente al aparente absurdo de la existencia. En su libro “La Vida es Sueño”, el personaje Segismundo se pregunta por el sentido de la existencia, concluyendo que todo es un sueño absurdo, donde cada uno representa su papel y la función acaba cuando cae el telón y llega la muerte. La reflexión de De la Barca resulta útil para plantear el problema, por lo que la transcribo íntegra:

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.

Sueña el rey que es rey y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte, ¡desdicha fuerte!
¿Qué hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que se afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida?, un frenesí;
¿qué es la vida?, una ilusión,
Una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.¹

¹ Calderón De La Barca. La vida es Sueño.
Versos 2148 al 2187.

El dilema planteado por De la Barca, cruza todos los siglos y todas las culturas. El pueblo de Israel también enfrentó la pregunta sobre el sentido de la existencia frente a la realidad del absurdo y del sufrimiento, cuyo testimonio más notable es el libro del Eclesiastés o Qohelet. El libro fue escrito en siglo III a.c. y plantea el dilema de un mundo que parece ser siempre igual, y consecuentemente, lo inútil que parece todo ante esta realidad:

“¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol? Una generación va, otra generación viene; pero la tierra permanece donde está. Sale el sol, se pone el sol; corre hacia su lugar y de allí vuelve a salir (...) lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol.” (Ecl. 1,3-5.9)

La realidad, pues, parece contradecir la idea de un sentido último y definitivo que dé razón de la existencia. Pero aceptar este absurdo absoluto no hace sino volver más angustio aún el dilema. Si la realidad no tiene sentido, ¿Por qué el ser humano sigue buscándolo, por qué lo necesita?.

El dilema de un ser limitado y contingente que busca la ilimitud y la necesidad de la existencia, de un ser sometido al cambio y la transformación que busca lo estable y permanente, de un ser mortal que desea la vida en plenitud y felicidad, exige una respuesta, y esa respuesta requiere la revelación de Dios para ser verdadera y plena. Los esfuerzos humanos no alcanzan al fondo del sentido, aunque se aproximan. Sólo Dios, revelado en Jesucristo, puede tener una respuesta definitiva, permanente y verdadera al aparente absurdo de la vida y la necesidad de sentido del ser humano.

2. LA PREGUNTA POR EL ORIGEN.

La búsqueda del sentido parte de la pregunta sobre el origen de todo lo que existe, y dentro de ello, del ser humano. La ciencia, en todas las épocas, ha buscado aclarar este enigma y actualmente ha tenido avances realmente impresionantes. Sin embargo, estos mismos avances plantean el dilema con mayor crudeza. ¿Es el ser humano fruto de la simple evolución, y en definitiva, de la casualidad?, una respuesta afirmativa conllevaría la conclusión inevitable de la falta de sentido de la existencia humana, pues sería sólo un accidente, una consecuencia de circunstancias favorables que pudieron no darse. Esta posibilidad provoca angustia y frustración, y en el fondo de sí mismo, el ser humano se resiste a ser un simple accidente evolutivo. La respuesta del sentido no viene de la ciencia, aunque su aporte es valioso, sino de la filosofía y de la religión.

La revelación cristiana también aborda el problema del origen del mundo y de la humanidad, buscando una explicación sobre el sentido de su existencia, sobre la realidad del mal y el pecado, y sobre el camino del ser humano hacia la plenitud y la felicidad. Es lo que revisaremos a continuación, recordando que la pregunta sobre el

origen es también una pregunta sobre la finalidad, sobre el sentido de la existencia y la búsqueda de la plenitud.

3. LA RESPUESTA CREYENTE.

La Sagrada Escritura comienza manifestado su mirada sobre la realidad del mundo y del ser humano: “*En un principio creó Dios el cielo y la tierra*” (Gen 1,1). La profundidad de las primeras palabras del Génesis es tremenda y la tomaremos como punto de partida de nuestra reflexión.

El mundo y todo lo que existe no es, desde la mirada de la fe, una casualidad o un accidente, sino un acto de voluntad de Dios, que decide libremente crear todo lo que existe, comunicándole su existencia. El sentido de “crear” es profundo. La Biblia reserva el término *bará* (ברא) (crear) sólo para Dios, ya que al crear comunica su propia existencia y es origen y fin de todo lo que existe. El ser humano sólo fabrica, ya que hace algo a partir de algo que ya existe, y su obra tiene una existencia independiente de él mismo. Así ocurre, por ejemplo, con las obras de arte, que siguen existiendo aunque sus autores ya hayan muerto. La creación entera participa de la existencia de Dios, sin el cual no puede existir ni mantenerse.

El Génesis afirma que Dios creó todo lo que existe “*en un principio*”, lo que se refiere a un comienzo, pero también a un motivo. De hecho, la traducción de *bereshit* (בראשית) puede ser “en un principio” o “desde un principio”, mostrando no sólo el hecho de que Dios diera comienzo a todo, sino que tuvo un motivo, una razón y un sentido para crear todo, tuvo una intención, un principio. La creación, entonces, y la historia y existencia humana, responden al “principio” con el que Dios creó todo y seguir ese principio es el camino hacia la plenitud. Al respecto, comenta el Catecismo de la Iglesia Católica:

*“La catequesis sobre la Creación reviste una importancia capital. Se refiere a los **fundamentos mismos de la vida humana y cristiana**: explícita la respuesta de la fe cristiana a la pregunta básica que los hombres de todos los tiempos se han formulado: “¿De dónde venimos?” “¿A dónde vamos?” “¿Cuál es nuestro origen?” “¿Cuál es nuestro fin?” “¿De dónde viene y a dónde va todo lo que existe?” Las dos cuestiones, **la del origen y la del fin, son inseparables. Son decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y nuestro obrar**”. (Cat. 282)²*

En el relato primero de la creación, Dios va dando un orden a la realidad confusa y caótica: “*La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo*”(Gen.1,2), y a es este caos, este sin sentido, al que Dios comienza a darle un sentido y un orden. Y ahí encontramos una primera explicación de la presencia del mal en el mundo y el sin sentido: Si existe el mal en el mundo es porque el ser humano, única creatura libre en la tierra, no sigue el orden que Dios dio a su creación, sino que prefiere seguir un camino distinto, provocando precisamente “caos y confusión”. La

² Todos los destacados, en adelante, son nuestros.

explicación de las cosas absurdas que ocurren y que contradicen la intención de Dios hay que buscarlas en la intención del ser humano, que usa su libre albedrío en forma equivocada. Así lo recuerda la Gaudium et Spes:

*“Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, **abusó de su libertad**, levantándose contra Dios y **pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios**”. (GS. 13)*

La intención de Dios es contraria al caos, el sin sentido y la confusión. Es lo que señala el texto al repetir constantemente la expresión: *“Y vio Dios que estaba bien (que era bueno)”* (Gen 1, 10.12.18.21.25.31). Todo fue hecho por Dios bueno y orientado al bien, a la plenitud. El ser humano está llamado a seguir ese principio, el de la bondad de todas las cosas, para realizar su papel en la creación y encontrar al mismo tiempo su propia felicidad.

Esto queda reforzado al relatar el texto la creación del ser humano: *“Y dijo Dios: hagamos al hombre al ser humano a imagen y semejanza nuestra (...) creó, pues, Dios, al ser humano a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó”* (gen. 1,27). El texto repite tres veces el verbo “crear” con relación al ser humano, además de anteponer la expresión de la intención de Dios de crearlo, cosa que no sucede en ningún otro caso en el texto. Esto, junto al ubicar la creación del ser humano al final del día sexto, refleja el valor profundamente diferente que tiene el ser humano con respecto al resto de la creación.

La creatura humana no es una creatura más, sino la imagen y semejanza del Dios que lo ha creado. Es imagen, porque está llamado a hacer visible a Dios en medio de la creación, a actuar como señor de todo lo creado en representación de Dios. Y es semejanza, porque este papel de soberanía en lo creado se da por relación con su Creador. No es igual a Dios, sino sólo semejante y es su imagen, es decir, su ser más profundo lo encuentra al referirse al “modelo original” del cual es imagen, como el reflejo en un espejo, que existe necesariamente porque existe el original.

Esta doble relación (la referencia a su autor y su papel en la creación) constituyen el origen de la identidad humana, de su ser más profundo. Cuando el ser humano pierde su referencia a Dios o descuida su papel de soberano de la Creación, desvirtúa su identidad y se deshumaniza. Este papel al que el está llamado, el ser humano lo realiza en comunión con otros, en fraternidad, cuya primera expresión es la unidad de la pareja humana, varón y mujer, que juntos expresan y realizan la imagen y semejanza de Dios. Es lo que recuerda la Gaudium et Spes al señalar que:

*“Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. **El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social**, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás. Dios, pues, nos dice también la Biblia, miró cuanto había hecho, y lo juzgó muy bueno (Gen 1,31).”* (GS.12)

De esta realidad del ser humano como ser social, se deduce la necesidad del protagonismo humano en la consumación de la plenitud de la creación, y en la búsqueda

en común de su plena realización. Es al colaborar libremente y comunitariamente con el plan de Dios de llevar a plenitud la creación, cuando el ser humano realiza su vocación más profunda y, a través de esta colaboración, encuentra la plenitud de su sentido y su felicidad:

*“Dios concede a los hombres incluso **poder participar libremente en su providencia** confiándoles la responsabilidad de "someter" la tierra y dominarla (cf. Gn 1,26–28). Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para **perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos**. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por su acciones y sus oraciones, sino también por sus sufrimientos (cf. Col 1,24). Entonces llegan a ser plenamente "colaboradores de Dios" (1 Co 3,9; 1 Ts 3,2) y de su Reino (cf. Col 4,11)” (Cat. 307).*

4. LA PREGUNTA POR EL MAL.

La visión del origen y finalidad del ser humano debe contrastarse con la realidad del mundo en el que vivimos, y donde muchas veces no vemos que “todo sea bueno”, como repite el relato del Génesis. El ser humano mismo, dentro suyo, observa que también hay “caos y confusión” y que sus tinieblas están muchas veces mezcladas con sus luces. Por ello, la pregunta sobre el motivo de esta aparente contradicción es tan constante y dolorosa: ¿Si Dios creó todo bueno, porqué existe el mal y el sufrimiento?. Si el hombre ha sido puesto como señor de la creación, ¿Por qué sufre las inclemencias del tiempo, los terremotos, en suma, una naturaleza que se muestra hostil y que se le revela?.

Estas preguntas requieren una respuesta, si de verdad se desea descubrir el sentido de nuestra existencia y de la creación, y no quedarse en una imagen aérea que no da cuenta de nuestra realidad. Pareciera que el ideal de la creación es una especie de “edad de oro” que ya ha pasado y que sólo puede recordarse, lo que genera nostalgia y desilusión. Una mirada superficial puede provocar sentimientos de culpa y de fracaso, en lugar de dar esperanza y llevarnos a la plenitud de sentido. Por eso es necesario recurrir a la respuesta creyente, para descubrir la razón de esta diferencia y el papel que desempeña el ser humano en esta realidad.

5. LA RESPUESTA CREYENTE.

En el primer relato de la creación, todo “funciona como reloj”, lo que ya nos da una primera respuesta. El mal no viene de Dios ni está en el plan de su creación, sino que su intención es que “todo sea bueno”, todo llegue a su plenitud. Pero si el mal no viene de Dios, ¿De dónde viene?. La respuesta está en el ser humano y su libertad, lo que queda evidenciado en el segundo relato de la creación, más concreto y simbólico que el primero, pero de hondas lecciones que nos permiten descubrir con mayor claridad el sentido de nuestra existencia.

“El hombre, cuando examina su corazón, se reconoce como inclinado al mal y anegado en tantas miserias, que no pueden tener origen en el Creador, que es bueno” (GS.13)

El ser humano, libremente opta por alejarse de Dios y su plan de salvación, por decidir por sí mismo lo bueno y lo malo, por querer ser, en definitiva, su propio dios, olvidando que es imagen de Dios, no Dios mismo. Es lo que revela el símbolo del árbol del bien y del mal, que el hombre no puede comer, no puede determinar por sí mismo, y que por propia decisión decide apropiárselo, queriendo transformarse en su propio referente ético. El origen de todos los pecados y de todos los males está, entonces, en no respetar el “orden” que Dios ha dado a sus creaturas y querer el ser humano transformarse en su propio referente, en querer ser como Dios, pero sin Dios.

Las consecuencias de abandonar la referencia a Dios y a su voluntad son la muerte, la frustración, la vuelta al caos y la confusión, consigo mismo (*“se dieron cuenta que estaban desnudos”*), en las relaciones humanas (*“la mujer que tú me diste...”*), en la relación con la creación (*“con dolor parirás los hijos”, “con fatiga sacarás de la tierra tu alimento”*) y con Dios mismo (*“oí tus pasos por el jardín y me escondí”*). Estamos llamados a hacer del mundo un jardín y de nuestra realidad un paraíso, pero para lograr eso es necesario asumir la doble relación de la que hablábamos antes: reconocernos imagen de Dios y nuestra referencia a El y asumir nuestro papel como cuidadores del jardín, no como sus tiranos.

Sin embargo, Dios está siempre atento a la historia humana y actúa en ella, pero siempre a través del ser humano. Dios respeta nuestra libertad mucho más que nosotros mismos y sólo puede actuar si encuentra un ser humano dispuesto a hacer su voluntad, un ser humano que no se esconda de sus pasos, y que se esfuerce por vivir de acuerdo a su voluntad.

Otro acercamiento nos permite comprender la razón del mal que no depende directamente de la humanidad y de las situaciones que suceden sin su intervención directa, como las catástrofes naturales, por ejemplo. El primer relato de la creación termina diciendo que Dios descansó el día séptimo *“porque en él terminó la obra creadora que había de hacerse”*(cf. Gen. 2,3). También el segundo relato señala que el jardín debía ser cultivado por el hombre (cf. Gen. 2.15) y le hizo poner nombre a todos los animales (cf. Gen. 20). Estos dos ejemplos nos muestran que si bien Dios dio el “principio” por el que todas las cosas son y deben alcanzar su plenitud, esa plenitud debe ser alcanzada por la acción del ser humano.

Quien ve una casa que no tiene techo o ventanas puede decir que la casa está mal hecha, pero si sabe que está aún en construcción su comentario sería absurdo. La creación está aún en construcción, y depende de la humanidad el llevarla a la plenitud. Dios ha hecho los planos, y un buen constructor sigue los planos para que el proyecto resulte bien. Cuando hay cosas en nuestra casa-realidad que no funcionan bien, es porque no hemos seguido los planos correctamente. Esto lo recuerda el catecismo al señalar:

“Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf. S. Tomás de A., STh I,25,6). Sin

*embargo, en su sabiduría y bondad infinitas, **Dios quiso libremente crear un mundo "en estado de vía" hacia su perfección última.** Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, **con el bien físico existe también el mal físico, mientras la creación no haya alcanzado su perfección** (cf. S. Tomás de A., s. gent. 3,71).*

*Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, **deben caminar hacia su destino último por elección libre** y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como el mal moral entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral, (cf. S. Agustín, lib. 1,1,1; S. Tomás de A., s.th. 1-2, 79,1). Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien:*

Porque el Dios Todopoderoso...por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal (S. Agustín, enchir.11,3).” (Cat. 310 - 311)

6. LA PREGUNTA POR EL SER HUMANO.

En el fondo de la pregunta sobre el sentido de la realidad y de la presencia del mal en el mundo, se encuentra una pregunta más profunda y compleja: la pregunta por el ser humano mismo. El ser humano es un misterio, incluso frente a sí mismo, y al preguntarse por la realidad se pregunta por su papel en medio de ella, así como al preguntarse por el mal se pregunta por la razón de su propia limitación e inclinación al pecado y la injusticia. El Concilio se propuso abordar el problema con las siguientes palabras:

*“Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación. La duda y la ansiedad se siguen en consecuencia. La Iglesia siente profundamente estas dificultades, y, **aleccionada por la Revelación divina, puede darles la respuesta** que perfila la verdadera situación del hombre, dé explicación a sus enfermedades y permita conocer simultáneamente y con acierto la dignidad y la vocación propias del hombre.”* (GS. 12)

Ya hemos dicho algo sobre el ser humano al reflexionar sobre la creación y el mal, pero conviene detenerse específicamente en él, si de verdad se quiere encontrar el sentido de su existencia. Vamos a señalar los puntos más relevantes de lo que la Iglesia, a la luz de la Revelación, considera que es la esencia del ser humanos.

- **Es creatura de Dios.** No fruto de la casualidad, sino de la voluntad de Dios que ha querido crearlo, para que fuese *“capaz de conocer y amar a su creador”* (GS12,3; Cat.356). La esencia del ser humano se descubre en su relación con Dios, relación que está basada en el amor de Dios y en su propuesta de amor y vida para el ser humano, ya que él *“es la única creatura que Dios ha amado por sí misma”* (GS24,3; Cat.356).
- **Es persona.** Ya que ha sido hecho imagen de Dios, tiene la capacidad de conocer y conocerse, el don de la libertad y de la autodeterminación, la capacidad de donarse y amar, y de establecer relaciones con los demás y con Dios, siendo sujeto de su propia realización.
- **Es un ser corporal y espiritual.** El segundo relato de la creación señala que Dios *“formó al hombre con el polvo de la tierra y sopló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”* (Gen. 2,7), señalando con ello estas dos dimensiones de la realidad humana: una dimensión física (cuerpo) y una dimensión espiritual (alma). Ambos elementos participan de la dignidad humana y de su vocación como imagen del Creador.
- **Es un ser sexuado.** Creado hombre y mujer por Dios, en igual dignidad y diferenciados entre sí, con el fin de lograr a través de su unión un reflejo de la vida divina y una participación en su obra creadora, al engendrar nueva vida.
- **Es un ser social.** Hecho para vivir en comunidad, sólo alcanza su plenitud en relación con otros, y a través de la unidad con todo el género humano, realiza su vocación de soberano de la creación y protagonista de su historia.
- **Es un ser trascendente.** El hombre se pregunta por lo que está más allá de la contingencia, tiene sed de plenitud y vida y busca la razón de lo su propia

existencia y de lo que le rodea. Por ello es un ser que se trasciende a sí mismo, y por ello, es capaz de buscar a Dios y encontrarlo, y de establecer una relación personal de amor con El.

El misterio del hombre sólo se esclarece a la luz de la revelación en Jesucristo, centro y fin de toda la creación, tal como lo recuerda el Concilio:

“En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.” (GS. 22).

En Cristo, por El y con El, el ser humano alcanza su plenitud, querida por Dios desde el principio, herida por el pecado del ser humano. En El se realiza plenamente el proyecto de Dios de hacer del ser humano su “*imagen y semejanza*” y a través de El todos podemos alcanzar la participación en la vida divina, la plenitud de nuestra existencia, su más alto sentido.

Es en la humanidad de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, donde se manifiesta la plenitud del misterio de Dios y la plenitud del misterio del hombre. Se trata de un hombre concreto y de una existencia concreta, marcada por el trabajo, la relación con otros, el sufrimiento, la muerte y la vida, y es a través de este hombre concreto como toda la humanidad alcanza su plenitud.

Así, al asumir las contradicciones de la vida y al comprometerse en la perfección de la creación, en seguimiento de Jesús, la humanidad es capaz de superar sus limitaciones y realizar el plan de Dios, que ya se ha realizado en Cristo, y al que somos invitados para participar también de su plenitud.

CONCLUSION

Hemos reflexionado sobre el sentido de la existencia humana y de la creación, a la luz de la revelación cristiana. Y en definitiva, el sentido de esta existencia no es otro que el de participar de la vida divina, conocer a Dios y vivir en plenitud la relación de amor que El nos ofrece. El camino hacia esta plenitud se ha realizado en Cristo y se vive en la comunión con todo el género humano, en el respeto y cuidado de la naturaleza y en el esfuerzo por ordenar la realidad según el plan de Dios.

El origen y el fin se vuelven así un solo momento, y lo señalado en el Génesis se vuelve también meta y punto de partida. Al fin de la historia, el ser humano alcanzará su plenitud y, junto con él la creación entera, y se realizará la intención de Dios de que todas las cosas sean buenas y el deseo del hombre de caminar junto a Dios sin temores ni dudas, como quien pasea con un amigo por el jardín, a la hora de la brisa (cf. Gen.2,8)

BIBLIOGRAFIA

- BIBLIA DE JERUSALEN LATINOAMERICANA. Editorial desclée de Brower. Bilbao, España, 2003.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA. Ediciones San Pablo. Chile, 2005.
- CONCILIO VATICANO II. Documentos Completos. Ediciones San Pablo, Lima, Perú. 2005.
- DE LA BARCA, CALDERON. La vida es sueño. Editorial Alba. Madrid, 1996.
- LA BIBLIA DE ISRAEL. Toráh-Pentateuco. Libro de Bereshit-Génesis. Editorial Benéi Nóaj. Santiago de Chile, 2003.